

VIII.

ACCION DEL SALTO DE SAN ANTONIO.

Entretanto el coronel Baez venia desde el Brasil con 200 soldados de caballería.

El general Medina reclutaba gente y le esperábamos de un momento á otro.

Con efecto el 7 de febrero de 1846, recibí un mensaje suyo en el que me anunciaba que al dia siguiente se hallaria en las alturas del Zapeoi con quinientos jinetes. Me pedia noticias del enemigo, y algun socorro en caso de ataque.

Su mensajero le llevó aviso de que el 8 de febrero estaria pronto con fuerzas suficientes para proteger su entrada en el país por las alturas del Zapeoi; y en cumplimiento de mi aviso, á cosa de las 9 de la mañana salí con 150 legionarios y doscientos jinetes.

Costeando el Uruguay fuimos á las Laperas del Zapeoi, tres leguas poco mas ó menos del Salto, y flanqueados por cuatrocientos enemigos, pertenecientes al cuerpo del general Servando Gomez, únicas fuerzas que en aquellos momentos se encontra-

ban de observacion ante el Salto, tomó nuestra infantería posicion bajo un *zapere*.

Un *zapere* es un techo de paja sostenido por cuatro vigas, el cual no nos ofrecia mas ventaja que la de librarnos de los ardientes rayos del sol.

La caballería, mandada por el coronel Baez y el mayor Caraballo, se extendia hasta el Zapeoi.

Auzani se habia quedado defendiendo el Salto con treinta ó cuarenta soldados enfermos. Él por su parte tambien sufría un acerbo dolor en una pierna.

Doce hombres guardaban la batería.

A las once y media de la mañana ví avanzar desde las llanuras del Zapeoi hácia las alturas en que yo me encontraba un número considerable de jinetes enemigos. Cada cual llevaba en las ancas de su caballo un soldado de infantería.

Con efecto á poca distancia de las alturas en que yo estaba, se apearon de los caballos los infantes y se organizaron para venir á nuestro encuentro.

Nuestra caballería comenzó inmediatamente á disparar contra el enemigo, pero como las fuerzas de este eran superiores, cargaron sobre ella y la pusieron en fuga.

Huyendo vino á guarecerse en nuestro *zapere*, hasta donde llegaban ya las balas enemigas.

Comprendiendo yo entonces que la verdadera re-

sistencia seria la que opusieran mis bravos legionarios, y que donde ellos estuvieran tendria lugar el combate, me lancé á buscar á nuestros contrarios; pero al llegar á las primeras filas, en medio del fuego sentí de repente que flaqueaban los cuartos de mi caballo, y cayó haciéndome sufrir su misma suerte.

Al caer, lo primero que pensé fué que al verme en el suelo, los míos iban á figurarse que habia sido muerto, y esta creencia podia introducir el desorden entre ellos. Para evitar el mal, tuve bastante presencia de ánimo, cogí de mis pistoleras una pistola, y al levantarme instantáneamente la disparé en el aire para darles á conocer que estaba sano y salvo. Así es que apenas me vieron caer cuando ya estaba de pié y en medio de ellos.

Sin embargo el enemigo avanzó, fuerte siempre con sus 1,200 jinetes y sus 300 infantes.

Abandonados nosotros por nuestra caballería, quedamos reducidos al número de 190 hombres entre todos.

Me faltaba tiempo para dirigirles un discurso, y como por otra parte no han sido nunca de mi agrado esta clase de alocuciones, levanté mi voz y no les dije mas que estas palabras:

— « Los enemigos son numerosos, nosotros

pocos; tanto mejor, cuantos menos seamos mas glorioso será el combate. Calma, no hagamos fuego mas que en un caso desesperado y carguemos á la bayoneta.»

Estas palabras iban dirigidas á hombres en los cuales hacia cada una el efecto de una chispa eléctrica.

Por otra parte, cualquiera determinacion que no hubiera sido la que tomé, nos hubiera sido muy funesta en semejante caso. A una milla poco mas ó menos del sitio en que nos encontrábamos, tenía-mos á nuestra derecha el Uruguay con espesos bosques; pero una retirada, en aquella situacion, hubiera sido la señal de nuestra total pérdida. Yo así lo comprendí: verdad es que tampoco traté de llevarla á cabo.

Cuando la columna enemiga se halló á sesenta pasos de nosotros, nos hizo una descarga que nos causó muchas bajas, pero los nuestros la contes-taron con otra mucho mas desastrosa, tanto mas cuanto que nuestros fusiles estaban cargados no solo con balas sino tambien con postas.

El comandante de la infantería cayó en tierra herido de muerte.

Las filas se deshicieron, y al frente de mis bravos con un fusil en la mano los arrastré á dar una carga á fondo.

La dimos muy á tiempo: la caballería llegaba ya á tocar nuestros flancos y nuestras espaldas.

La lucha fué terrible.

Algunos soldados de la infantería enemiga debie-ron solo la salvacion á su precipitada fuga: gra-cias á esto, pude hacer frente á la caballería.

Nuestros hombres se volvieron hácia ellos como si cada uno hubiese recibido la órden de ejecutar esta maniobra. Todos combatieron como colosos: lo mismo los oficiales que los soldados.

Algunos jinetes conducidos por un bravo oficial llamado Vega, avergonzados por la fuga de Baez y de sus soldados que nos dejaron solos, volvieron brida, queriendo mejor venir á sufrir nuestra suerte que continuar su cobarde retirada.

Nosotros los vimos de pronto pasar por delante del enemigo y colocarse á nuestro lado.

Mucho valor necesitaron para hacer lo que hi-cieron, yo lo aseguro; y la carga que practicaron al reunirse á nosotros nos sirvió de mucho en aquellos críticos momentos. Ellos separaron y tras-tornaron á nuestros contrarios, de los cuales una parte se dirigió en persecucion de los fugitivos.

Cuando hicimos la segunda descarga, al ver la caballería destruida su infantería y 25 ó 30 de los suyos en tierra muertos por nuestro fuego, practicó

un movimiento de retirada é hizo apearse á cerca de seiscientos que, armándose de carabinas, nos envolvieron por todos lados.

A nuestro alrededor teníamos una gran porcion de terreno cubierto con los cadáveres de los soldados y de los caballos tanto enemigos como nuestros.

Podria referir en particular innumerables hechos de bravura, pero bastará que diga que todos combatieron como nuestros antiguos héroes del Tasso y del Ariosto, y que muchos estaban llenos de heridas de todas clases, de balazos, de cuchilladas, de lanzadas.

Un trompeta jóven de quince años, á quien nosotros llamábamos el Rojo y que nos animaba durante el combate con su clarin, fué herido de un lanzazo. Arrojar la trompeta, coger un cuchillo y lanzarse sobre el soldado que le habia herido, fué todo obra de un instante; pero espiró al matarle.

Despues del combate fueron hallados los dos cadáveres agarrados el uno al otro: el trompeta estaba cubierto de heridas; el jinete tenia en el muslo la profunda señal de una mordedura que le habia hecho su enemigo.

Tambien por parte de nuestros adversarios hubo actos de prodigiosa temeridad. Viendo uno de ellos que el cobertizo al rededor del cual estábamos

agrupados era por lo menos un abrigo contra el sol, cogió un tizon con llama, echó á galope su caballo, pasó por medio de nosotros y al pasar arrojó el ascua sobre el techo de paja.

El tizon cayó en el suelo sin llenar el deseo del soldado, pero no por eso dejó este de practicar una accion temeraria.

Mis soldados iban á descargar sobre él, pero yo se lo impedí.

— Es necesario respetar á los valientes, les grité: ellos son de nuestra raza.

Ninguno le hizo fuego.

Parecia milagroso el ver cómo todos aquellos bravos me obedecian.

Una palabra mia volvia las fuerzas á los heridos, el valor á los tímidos y doblaba el ardor de los mas fuertes.

Cuando ví al enemigo diezmado por nuestro fuego, fatigado por nuestra resistencia, entonces fué, y solo entonces, cuando yo hablé de retirada; pero diciendo, no « retirémonos; » sino « al retirarnos no dejaremos ni un solo herido en el campo de batalla. »

— No... no... gritaron todas las voces.

Además, heridos lo estábamos casi todos.

Cuando yo ví á toda mi gente en calma y bien

asegurada, dí con la mayor tranquilidad la órden de hacer una retirada batiéndonos. Por fortuna, yo no tenia ni un solo rasguño, y gracias á esto pude hallarme en todas partes, y hacer arrepentirse de su temeridad á los que se acercaban á nosotros.

Los pocos que se hallaban sanos de entre los nuestros, cantaban himnos patrióticos, á los que respondian en coro los heridos.

El enemigo no comprendia nada.

Lo que mas nos hizo sufrir fué la falta de agua: unos arrancaban raíces y las machacaban, otros chupaban balas de plomo, algunos bebieron sus orines.

Afortunadamente vino la noche, y con ella un poco de fresco.

Cerré en columna á mis soldados, coloqué en medio á los heridos, y solo dos, á los que fué imposible trasportar, quedaron en el campo de batalla. Les encargué muy eficazmente que no se separaran los unos de los otros, y que se retiraran en direccion de un pequeño bosque, del que se apoderó antes que nosotros el enemigo; pero logramos arrojarle de él.

Despues de esto envié exploradores, los que tornaron diciéndome que nuestros adversarios habian casi todos echado pié á tierra y dejado pacer á los caballos.

Sin duda estaban persuadidos de que el hambre y la falta de municiones nos habian obligado á hacer alto; pero se equivocaban, porque no sentíamos hambre, y en cuanto á municiones habíamos hallado sobre los cadáveres de nuestros enemigos tantas como hubiéramos podido desear.

Todavía nos quedaba lo mas difícil por hacer: nuestro enemigo se habia acampado entre nosotros y el Salto. Despues de un reposo de una hora, durante el cual le hice creer que permaneceríamos toda la noche donde nos hallábamos, dí órden á mis soldados de volver á formar en columna, y al paso de carga y la bayoneta en ristre, nos lanzamos como un torrente en medio de él. Las cornetas tocaron á botar sillas, pero antes de que cada cual encontrase la suya, las bridas y el caballo, logramos atravesar su campamento.

Nos dirigimos de nuevo hácia un bosquecito, y una vez escondidos allí, ordené á todos que se acostaran boca abajo. Las trompetas del enemigo que venia hácia nosotros tocaban á paso de ataque.

Le dejé aproximarse á 50 pasos del bosque, y entonces mandé hacer fuego, dando yo el ejemplo.

Veinticinco ó treinta hombres y otros tantos caballos cayeron; los demás volvieron grupas y entraron en su campamento.

Solo entonces fué cuando dije á los míos :

— « Vamos, queridos hijos, creo que ha llegado el momento de ir á beber. »

Y costeano siempre nuestro bosquecito, conduciendo á nuestros heridos, teniendo á alguna distancia á los mas encarnizados de nuestros enemigos que no querian abandonarnos, ganamos la orilla de la ría.

Al entrar en el pueblo nos esperaba una gran emoción : Auzani lloraba de alegría.

Me abrazó el primero, y quiso abrazar á todos los míos.

Tambien él habia sostenido un combate, atacado con su escasa gente por el enemigo, quien antes de atacarle le habia propuesto su rendición, diciéndole que todos nosotros estábamos muertos ó prisioneros.

Pero Auzani le habia respondido :

— « Los Italianos no se rinden : levantad presto el campo, ó caigo como un rayo sobre vosotros. »

Mientras tenga á mi lado un solo compañero, combatiremos juntos; y cuando me halle solo, incendiare los barriles de pólvora para que vosotros y yo muramos juntos.

Al oír esto el enemigo no insistió en pedirles que se rindieran, y se alejó.

Tambien mis hombres, que hallaron abundancia

de todo en el Salto, dirigiéndose á mí, me dijeron :

— « Tú nos has salvado una vez, pero Auzani nos ha salvado otra. »

Al día siguiente escribí á la Comision de la legion italiana de Montevideo la carta que trascibo á continuación.

« Hermanos,

» Antes de ayer hemos sostenido en los campos de San Antonio, á legua y media de la villa, el mas terrible y el mas glorioso de nuestros combates. Las cuatro compañías de nuestra legion y una veintena de jinetes, refugiados bajo nuestra proteccion, no solo se han defendido contra 1,200 hombres de Servando Gomez, sino que han destruido la infantería enemiga, que nos atacó en número de 300. El fuego comenzo á las doce del dia y terminó á las doce de la noche. Ni el número de los enemigos, ni sus continuas cargas, ni la masa de su caballería, ni los ataques de sus fusileros han podido abatirnos; aunque no hemos tenido mas abrigo que un cobertizo ruinoso sostenido por cuatro vigas, los legionarios han rechazado constantemente los asaltos de nuestros encarnizados adversarios. Todos los oficiales se han batido como soldados en esta jornada.

» Auzani, que se quedó en el Salto, y á quien el enemigo intimó la orden de rendirse, respondió

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1825 MONTERREY, MEXICO

con la mecha en la mano y el pié sobre la Santa Bárbara de la batería, por mas que le asegurasen que todos estábamos muertos ó prisioneros.

» Hemos tenido treinta muertos y cincuenta y tres heridos; todos los oficiales han sufrido heridas leves, todos, menos Scarone, el mayor Saccarello y Traversi.

» Yo no daría mi título de legionario ni por un mundo de oro.

» A las doce de la noche hicimos una retirada hácia el Salto, quedando mas de ciento sanos y salvos. Los que no estaban mas que levemente heridos marchaban á la cabeza, conteniendo al enemigo cuando se acercaba demasiado.

» ¡Ah! estos hechos merecen ser esculpidos en bronce.

» Adios: ya os escribiré mas extensamente otra vez.

» Vuestro : JOSÉ GARIBALDI. »

P. S. — Los oficiales heridos son Cassana, Marchetti, Beruli, Remorini, Saccarello el jóven, Sacchi, Grafigna y Rodi.

* * *

Estas acciones fueron las últimas mas grandes que ejecutamos en Montevideo.

IX.

ESCRIBÍ AL PAPA.

Por este tiempo fué cuando yo supe en Montevideo la exaltacion al Pontificado de Pio IX.

Nadie ignora cuáles fueron los principios de este reinado.

Yo mas que nadie creí abierta con él para la Italia una era de libertad.

Así pues, resolví, para secundarle en las generosas determinaciones de que estaba animado, ofrecerle mi espada y la de todos mis compañeros de armas.

Los que creen que yo hago una oposicion sistemática al Papado, se convencerán de lo contrario leyendo la carta que voy á trascribir. Consagrado únicamente á la causa de la libertad en general, yo estaba pronto á arriesgar mi vida por ella en cualquier parte del globo donde la libertad necesitase soldados. Pero se comprenderá muy bien que yo diese preferencia á mi país, y que estuviese pronto á servir á las órdenes del que estaba llamado á ser el Mesías político de Italia.

Auzani y yo creimos que esta sublime mision estaba confiada á Pio IX, y dirigimos al Nuncio de Su Santidad la siguiente carta, rogándole que hiciese presente al Sumo Pontífice nuestros votos y los de nuestros legionarios :

« Ilustrísimo y respetabilísimo señor,

» Desde el primer momento en que llegó á nuestra noticia la exaltacion del Soberano Pontífice Pio IX y la amnistía que ha concedido á los pobres, hemos seguido con una atencion y un interés crecientes los vestigios que el supremo jefe de la Iglesia deja sobre el camino de la gloria y de la libertad. Las alabanzas, cuyo eco llega hasta nosotros desde el otro lado del mar, el gozo con que la Italia acoge la convocacion de los diputados, y aplaude las sabias concesiones hechas á la imprenta, la institucion de la guardia cívica, el impulso dado á la instruccion pública y á la industria, sin contar la solicitud encaminada al mejoramiento y bienestar de las clases menesterosas, como asimismo á la formacion de una nueva administracion; todo, en fin, nos ha convencido de que ha salido ya del seno de nuestra patria el hombre que, comprendiendo las necesidades de su siglo, ha sabido, siguiendo los preceptos de nuestra augusta Religion, siempre nuevos, siempre inmortales, y sin desprestigiar su

autoridad, plegarse á las exigencias del tiempo.

» Nosotros, — aunque fuese sin influencia para nosotros este progreso, — le hemos seguido de lejos, acompañando con nuestros aplausos y nuestros votos el concierto universal de la Italia y de toda la cristiandad. Pero cuando hace algunos dias hemos sabido el sacrilego atentado de la fraccion sostenida y fomentada por el extranjero, que no estando cansada de destruir nuestra pobre patria desde hace tanto tiempo, se proponia trastornar el actual orden de cosas; nos parece que la admiracion y el entusiasmo hácia el Sumo Pontífice son muy débil tributo, y que un deber mas grande nos resta que llenar.

» Nosotros, los que os escribimos, ilustrísimo y respetabilísimo señor, somos los que siempre animados de este mismo pensamiento que nos ha hecho afrontar el destierro, hemos tomado las armas en Montevideo para defender una causa que nos parecia justa, y hemos reunido algunos centenares de hombres, compatriotas nuestros, llegados aquí con la esperanza de pasar dias menos dolorosos que los que sufríamos en nuestra patria.

» Por tanto hace cinco años que, durante el sitio que rodea las murallas de la ciudad, cada uno de nosotros mas ó menos ha dado y no una sola vez

pruebas de resignacion, de valor, y, gracias á la Providencia y á este antiguo espíritu que inflama todavía nuestra sangre italiana, nuestra legion ha tenido ocasion de distinguirse, aprovechándola siempre que se ha presentado, tanto, — yo creo que es permitido decirlo sin vanidad, — tanto que en el camino del honor ha dejado atrás á los otros cuerpos que eran sus émulos y sus rivales.

» Así pues, si los brazos acostumbrados al uso de las armas son hoy aceptados por Su Santidad, inútil es decir que con mas voluntad que nunca los consagraremos al servicio del que hace todo lo que puede por la patria y por la Iglesia. Nos consideraremos muy dichosos si podemos contribuir con algo á la obra regeneradora de Pio IX tanto nosotros, como nuestros camaradas, en cuyo nombre os hablamos; y al ofrecerle nuestra vida no creemos pagar demasiado cara nuestra sangre.

» Si Vuestra ilustre y respetable Señoría cree que nuestro ofrecimiento puede ser grato al Soberano Pontífice, le suplicamos que le deponga al pié de su trono. »

» No es la pueril creencia de que nuestro brazo sea necesario la que nos mueve á ofrecerle: sabemos bien que el solio de San Pedro descansa sobre bases muy sólidas, y que por otra parte el nuevo ór-

den de cosas cuenta con numerosos defensores que sabrán rechazar vigorosamente la injusta agresion de sus enemigos; pero como la obra debe ser repartida entre los buenos, y el penoso trabajo de realizarla confiado á los fuertes, os suplico que nos hagais el honor de contarnos entre los últimos.

» Entretanto damos gracias á la Providencia por haber preservado á Su Santidad de las maquinaciones de los Tristi, y elevamos al cielo las mas fervorosas plegarias para que conserve su vida muchos años y haga la dicha de la cristiandad y de la Italia.

» Ahora solo nos resta suplicar á Vuestra ilustre y venerable Señoría que nos perdone la incomodidad que le causamos, recibiendo los sentimientos de la perfecta estimacion y profundo respeto con que somos

De Vuestra ilustrísima y respetabilísima Señoría
Leales Servidores

JOSÉ GARIBALDI.

FRANCISCO AUZANI.

« Montevideo, 12 de octubre 1847.

En vano esperamos una respuesta: ninguna noticia nos llegó ni de Su Santidad, ni de su Nuncio.

Entonces fué cuando nos decidimos á venir á Italia con una partida de nuestra legion.

Mi idea fué la de secundar la revolucion donde

quiera que se manifestase, y de incitarla donde estuviese adormecida, en los Abruzzos por ejemplo.

Nos decidimos á emprender el viaje, pero ninguno de nosotros tenia un solo ochavo para hacer la travesía.

X.

MI VUELTA A EUROPA. — MUERTE DE AUZANI.

Al ver nuestra pobreza, empleé un medio siempre fecundo al lado de personas de noble y generoso corazón. Abrí una suscripción entre mis compatriotas.

Los asuntos comenzaron á marchar perfectamente cuando algunos malos instintos trataron de crear entre los legionarios un partido contra mí, intimidando á los que se hallaban dispuestos á seguirme. Hicieron creer á estas pobres gentes que yo los conducía á una muerte segura, que la empresa que yo soñaba realizar era imposible y que les estaba reservada la misma suerte que á los hermanos Bandidera. De todo esto resultó que los mas tímidos se retrajeron, quedándome solo ochenta y cinco hombres, de los cuales tambien me abandonaron veintinueve despues de haberse embarcado. Por fortuna los que me siguieron eran los mas valientes, y casi todos habian tomado parte conmigo en el combate de San Antonio. Además me acompañaban algunos orientales confiados en mi fortuna, y entre ellos mi